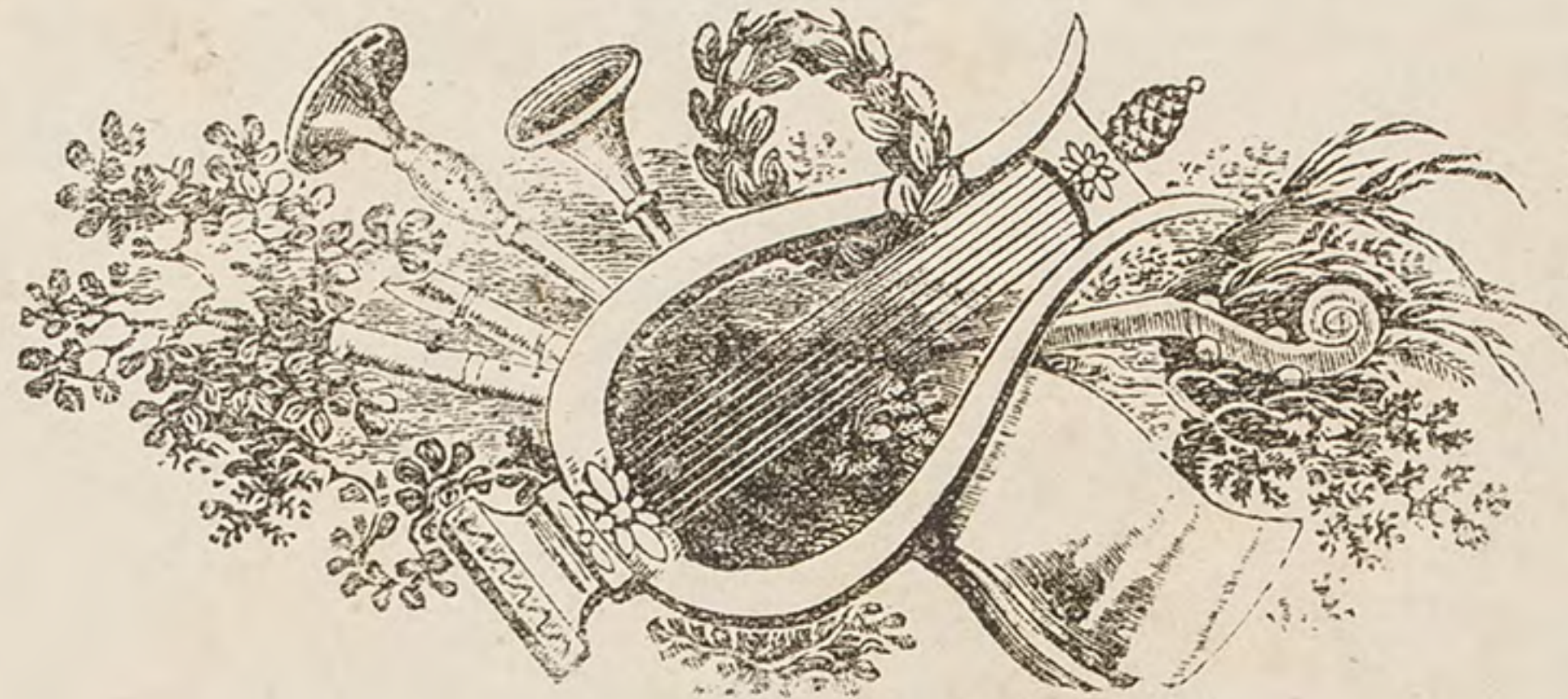


# L A L B O R A D A

## SEMANARIO

### DE LAS FAMILIAS



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sábado 23 de Enero de 1873.

Núm. 15.

#### SUMARIO.

Visita al último albergue de Bolívar, por Miguel Riofrio.—Satisfacción, poesía, por Ricardo Palma.—El deseo de figurar, petipieza, por la señora Juana Manuela L. de Eléspuru.—La sombra y el eco, poesía, por Clemente Althaus.—Bibliografía, por Juan de Arona.—Las Visitas del médico, poesía, por el Chico Terencio.—El agua mansa, traducción, por la señorita Angela Carbonel.—A Antonio Cuacalon, poesía, por J. F. Larriva.—Clara, por E. L. Holberg.—En la tarde, á orillas del mar, poesía, por D. de V.—Mosaico, por la señora Juana Manuela Gorriti.—Soluciones.—Charada, por L. L. L.—Permanente.

#### VISITA AL ULTIMO ALBERGUE

DE BOLÍVAR.

APUNTES DE VIAJE.—25 DE JUNIO DE 1862.

Al pasar el apacible rio Mamatoco, en la provincia de Santa Marta, me dijo el caballero con quien tuve la honra de ir acompañado: (\*) "Aquí empiezan los terrenos de la hacienda de San Pedro: hasta aquí hacia Bolívar, ya enfermo, sus ejercicios higiénicos de á pié: he aquí la pequeña eminencia donde se sentaba á mirar esas corrientes."

Al oír tales palabras me pareció una culpable profanación que pisáran nuestros caballos sobre la misma arena en que se habían visto grabadas las huellas de aquel hé-

roe: espoleé instintivamente, y pasamos á galope los bosques de cocoteros, nísperos, mameyes, mangos y ciruelos hasta llegar al patio de la hacienda.

Libres de nuestras cabalgaduras, nos dirigimos con involuntaria lentitud hácia un salón cuyas puertas estaban francas. Un anciano etiope se acercó á nosotros para guiarnos.

El silencio del salón, interrumpido apenas por el canto lejano del turpial y la oropéndola, hacia que nuestras pisadas resonáran con esos ecos que se experimentan al penetrar en un templo solitario.

El etiope nos señaló los pocos pero significativos cuadros que, tras vidrios ya empañados, habían sido objeto de las últimas contemplaciones de Bolívar.

El primero representa con vivos coloridos el sacrificio de Virginia, y en ella la víctima expiatoria de la tiranía togada; una dichosa transición del pueblo á la libertad, y una época entera de la República romana.

El segundo muestra con todos sus históricos caracteres el combate de los Horacios con los Curiacios, que dejó triunfante á Roma de las supersticiones de su metrópoli.

Otro que representa la paz celebrada entre Rómulo y Tacio: sería quizá el predilecto de Bolívar; porque la paz perpétua y la unidad de la América latina fué la guirnalda cívica que quiso recibir en premio de sus victorias.

Otro en que se hace resaltar sobre el crimen de la traición la virtud del amor filial

en el corazón de Coriolano. ¿Podría acaso la vista lejana y penetrante de Bolívar alcanzar á preveer que también las repúblicas americanas tendrían sus coriolanos?

La serie de cuadros se cerraba con el que representa la muerte de Epaminondas. ¡El héroe tebano moribundo!... Esto era lo más alusivo, lo más conmovedor y funesto para nosotros.

Estaba visitado el salón y era necesario seguir más adelante, pasando el dintel de la monumental recámara.

Al pasarlo recibimos la plenitud de las emociones que buscábamos, recorriendo la pequeña estancia que albergara á aquel cuya alma y cuyo nombre se habían expandido en ambos hemisferios.

Allí estaba la humilde banca de madera que diera asiento al hombre que había sacudido el trono de los Césares, y derrumbado el de aquella testa española que declaró sin límites sus dominios.

Allí está la miserable cómoda que abría y cerraba con la misma diestra que había empuñado la espada para vencer, la pluma para decir verdades sublimes y el plectro para cantar vaticinios, como aquellos en que tomó por trípode nada ménos que la cumbre del Chimborazo.

Allí está, en fin, el lecho... ¿podré decir el lecho de muerte al hablar del inmortal Bolívar? La presencia del lecho nos ahogaba y salimos á respirar en el jardín.

Un huertecillo de flores y arbustos envuelve en sus auras las memorias del hé-

[\*] El doctor don Pedro Lara, Secretario general de Gobierno del Estado de Bolívar.



roe á quien en otro tiempo habia acariciado con su frescura. El limonero, á cuya sombra descansaba en sus últimos dias el que habia sido siempre infatigable, ya no existia: se alzaba en su lugar un arbusto de resedá, cariñosamente cultivado por el portero.

El árbol que habia plantado con sus propias manos el moderno Cincinato, estaba esparciendo con profusion frutos y azahares.

Con el nuevo aliento aspirado en el jardín, volvimos á la estancia funeraria á recorrer sus dos departamentillos. El uno, es recámara del salon y el otro, continuacion de la misma recámara con salida para el jardín. El primero conserva la cómoda al costado izquierdo, el camapé de madera al fondo, el armario de libros á la derecha y en seguida una estatua marmórea que representa el busto del héroe, sobre un pedestal de mármol, frente á un reloj de péndola. El lugar que ocupa la estatua era en el que estaba el lecho funesto en los instantes supremos: ahora está en el otro departamento: es sumamente sencillo: de forma de camapé.

Pasamos en seguida á recorrer los pensamientos que han escrito algunos viajeros en las paredes del edificio. No copié ninguno, porque no estaban á la altura de lo que merece el Padre de la Libertad. Yo apenas osé decirle, sin hablar ni escribir nada:

“¡Gran ciudadano! no alcanzo á comprenderte; pero volveré enorgullecido de haber empleado todo mi sér en admirarte.”

¿Cómo comprender á Bolívar, rindiendo su espíritu el terrible dia 17 de Diciembre del año 30, en triste soledad despues de haber saludado como libres á veintiseis millones de americanos?

Con solo el hecho de haber apagado las hogueras del *Santo Oficio*, habia levantado la razon desde el abismo en que los reyes la tenian sumida, hasta la supremacía que en ella reconoce, bajo los astros, la moderna ilustracion.

Pero ¿qué le faltaba á este hombre para ser el mayor de los númenes y el más grande de los héroes? Inspirado como Colon, adivinó que habia un hemisferio superior al vulgo de los reyes y no se limitó á descubrirlo, sino que lo recorrió con audacia, llevando por delante la guerra y la victoria.

Hombre de supremas resoluciones como Cortés, vió que la multitud titubeaba sin atreverse á tocar las raíces de la feudalidad, las gerarquías y el poder de las tradiciones, y entónces quemó las naves declarando de una vez *la absoluta independencia de Colombia*, sin arredrarse ante la idea de que con ella la reyedad quedaba desafiada y concitado el furor del vasallaje.

Bolívar no puede ser comparado con los Alejandro, los Césares y Napoleones, porque en estos el valor y las grandes proezas tenian la mengua del egoismo, pues era todo para sí; miéntras que la gloria resplandecía en las sienas del guerrero americano, porque solo las penalidades de las campañas y los peligros de los combates eran suyos; mas las victorias estaban enagenadas

ántes de alcanzarlas: eran no de Colombia ni de América solamente, sino de todo el linaje humano, puesto que el mundo entero habia de recibir como ha recibido sustanciales modificaciones en todos los ramos, desde que Bolívar derrumbó los muros del empirismo colonial y dejó francas las puertas del Nuevo Mundo para todos los moradores de la tierra.

Así reflexionábamos mirando la estatua cuando el reloj hizo un ruido leve, pero bronco, como de estertor y fué dando con solemne pausa hasta nueve campanadas; entónces el cicerone nos dijo: “Su Excelencia el Señor Libertador, espiró allí donde está la estatua, y al espirar fijó la vista en este mismo reloj.”

¡Cuánto dijo el etiope sin pensar en lo que decia! . . . ¡Bolívar mirando el instante en que iba á extinguirse aquel aliento que poco ántes habia dado valor á los guerreros, estímulos al filósofo, cantos al poeta, castigo á los tiranos y libertad á medio mundo! . . .

MIGUEL RIOFRIO.

### SATISFACCION.

#### A la poetisa Adriana Buendia.

Perdona, si estás molesta,  
Mi falta de cortesía  
Porque dejé el otro dia  
Tu inspiracion sin respuesta.  
Un mi amigo

Dijera: (yo no lo digo)  
—Dios me hizo así tan así,  
Tan á etiquetas contrario,  
Que es el social formulario  
Cosa inútil para mí.—

No! no soy un hotentote  
Montaraz y maleriado,  
Ni la fama he conquistado  
De tonto de capirote;

Sino que  
Tanta mi sorpresa fué,  
Al mirar que un serafin  
Se acordaba de mi nombre,  
Que me achispé, no te asombre,  
Y se me acabó el latin.

Tambien te diré, en confianza,  
Que pensé escribirte en prosa;  
Mas contestar á una hermosa  
En prosa vil, no es crianza;

Y la musa  
Que há tiempo que me rehusa,  
Con obstinacion fatal,  
El favor que antes me hacia!!!  
En mí es ya la poesía  
Anticonstitucional.

Y hay razon. La musa en tanto  
Es mujer, y el entrecejo  
De quien ya vá para viejo  
Debe de causarla espanto.

Si no fuera  
Así, paloma hechicera,  
Hoy por hoy una cancion  
Romántica te enviaría  
En la cual te endilgaría  
Todo un credo cimarron.

Hasta en tu nombre gentil  
Embeleso encuentra el alma,  
Y se acuerda de Djalma  
Y Adriana de Cardoville.

Mira, mira,

Niña de la dulce lira,  
Que, á ser yo aun trovador  
De galanteria extrema,  
De sobrarme hubiera tema  
Para una flor y otra flor.

Pero, en fin ¿como ha de ser?  
No llega tarde quien llega,  
Y el que con candela juega  
Peligro corre de arder.

Muy bonito,  
Adriana, encontré tu escrito. . . . .  
Hay hechizo en tu laud  
Y presiento, niña bella,  
Que á ser llegarás estrella  
De primera magnitud.

RICARDO PALMA.

Lima, Enero 1875.

### EL DESEO DE FIGURAR.

(Continuacion.)

ESCENA TERCERA.

Ña Rita.—(Entrando.) Santos dias te dé Dios, Chomba.

Chomba.—(Aparte.) Ya viene esta samba vieja importuna; buenos dias, ña Rita.

Rita.—Sí, desde que te has metido á gran señora, ya no me dices tia, sino ña Rita; pero has de saber que, aunque de esta color, tengo temor de Dios, y muy *güen* modo de pensar, y no digo tú que eres de mi *pelo*, pero ni *nadies* tiene por qué despreciarme.

Chomba.—¿Ya ha acabado usted con su letania? pues ya se puede usted ir, porque estoy muy ocupada, y no tardarán en venir gentes de suposicion, y no quiero que la vean á usted aquí y le oigan sus majaderias.

Rita.—Mira, si yo vengo á avergonzarme por tus puertas, es por tu bien, pero tú eres hecha por mal. ¡Ay! Chomba! Chomba! dia llegará. . . . .

Chomba.—Ya le he dicho, ña Rita, mas de mil veces que no me *Chombeé* usted tanto, que yo ya no soy conocida sino por la señora Griselda.

Rita.—Ja! ja! ja! ja! Griselda! Griselda! ¡Válgame Dios con las candideces de este tiempo! Pues, mi vida, (poniéndose las manos en la cintura) te hice poner Gerónima y Gerónima ó Chomba, como dicen en mi tierra, has de ser, hasta que te entierren.

Chomba.—¡Eh! que sea lo que se fuere, déjeme usted en paz, ña Rita, y no me importune usted con sus habladurias.

Rita.—No señor, no me quiero *dir*, y antes me voy á sentar hasta que me oigas.

Chomba.—No quiero nada con usted, ña Rita, si no se va usted me voy adentro.

Rita.—Tampoco te irás, porque te seguiré hasta el fin del mundo para hacerte entrar en razon.

Chomba.—(Aparte.) No hay mas que aguantar esta *pucha*, veremos si concluye pronto, y se larga. Bueno; diga usted, ña Rita, que ya la escucho. (Se sienta.)

Rita.—Pues, señor, mi comadre Valenti-



na me ha dicho que vas á dar un baile que te cuesta mucha plata: yo no he querido creerlo, porque no me parece que has perdido enteramente el juicio para que hicieras semejante despropósito, en circunstancias como me ha dicho ño Antonio está tu fortuna para darte un adios, y no querrás, por cierto, dejar á tus hijas en la calle.

*Chomba.*—Pues, ña Rita, yo no soy ninguna muchachita de la escuela para que me venga usted á amonestar. Cada uno sabe lo que hace; y yo no gasto la plata agena, solo la mia propia; y así, usted no debe meterse en lo que no le conviene.

*Rita.*—Se acabó, *indina*, mal agradecida! yo lo hacia por el bien de las pobrecitas Andrea y Catalina.

*Chomba.*—Andrómaca y Cleopatra no necesitan de usted para ser felices.

*Rita.*—¡Eh! quita allá, con tus *Andromas* y *Cleyopatrias*, déjate de *disjuerzos*, y haz lo que te dé la gana, que la culpa tengo yo, que me meto á mirar por *naidies*; que cada palo aguante su vela y andando. (Hace ademán de salir.)

*Chomba.*—Ya se podía usted haber ido.

*Antonio.*—(Entrando.) Ah! tia Rita, tanto bueno por acá! ¡dichosos los ojos que la ven por esta su casa! (Abrazala.)

*Rita.*—(Medio llorando.) Eso dice usted, ño Antonio, porque es usted tan *güeno*; pero esta *indina* me acaba de echar de su casa, sin acordarse que soy su sangre, y que la saqué de pila.

*Antonio.*—Chomba, por el amor de Jesucristo, ¿cómo haces eso con tu tia?

*Chomba.*—Déjenme ustedes en paz, tú y ella son iguales, entiéndanse entre los dos y no se metan conmigo.

*Rita.*—Déjela usted, ño Antonio, que no tardará en pagarla por lo que se ha subido como la espuma; lo que sentiré será por usted y las muchachitas, que no tienen la culpa; pero á ella la he de ver todavía viviendo en el callejon de San Cristóval, y entonces le diré yo: el subir *pa* bajar sirve de mayor tormento.

*Antonio.*—Así lo estoy viendo, tia Rita, porque al paso que esta mujer nos lleva, pronto iremos á pedirla un rincón en su cuarto: y entonces volveremos *pastelero* á tus pasteles.

*Rita.*—Cabales.

#### ESCENA CUARTA.

(Antonio y un carpintero alemán.)

*Aleman.*—Señor *Salsipods*, la señora su esposa mi tomar unos *mueples* de todo *lucopara* tres salones de *paile*. La cuenta importa, diez mil quinientos pesos.

*Antonio.*—¿Diez mil quinientos pesos? ¡pues estamos frescos! ¿Por qué has tomado, Chomba, muebles nuevos, cuando los que tenemos todavía están en buen estado?

*Chomba.*—Porque esos ya los han visto, y era preciso que esta noche vieran otros.

*Antonio.*—Pero son muy caros.

*Aleman.*—No, señor, yo tratar á usted con mucha equitá.

*Rita.*—*Equidá? cómo estás?* cuando estos perros de animales, nos despellejan siempre que pueden, sin misericordia. (Entra un jóven.)

*Jóven.*—Señor *Salsipuedes*, el señor *Frascati* de *Copola*, manda por los mil pesos adelantados, que se le han ofrecido, á cuenta de lo que importa el *dessert* y *ambigú*, para esta noche.

*Chomba.*—Con tal que me deje lucida, yo no escaseo gasto.

*Antonio.*—Veamos, amigo, la cuenta.

*Jóven.*—(Saca de su bolsillo la cuenta.) Por *dessert* y *ambigú*, como para trescientas personas, tres mil pesos.

*Antonio.*—Tre . . . tres . . . tres mil pesos? estará usted equivocado, vuelva usted á leer, dirá tal vez trescientos pesos.

*Jóven.*—No, señor, la letra está bien clara.

*Antonio.*—(Agarrándose la cabeza.) Chomba, ¿cómo has tenido valor para hacer semejante temeridad?

*Chomba.*—¡Qué se ha de hacer! el bien parecer lo exige así; y no hay mas que decir; despáchalo luego con el dinero que pide, no sea que por la demora salga todo malo.

*Antonio.*—¡El Patron Santiago me asista! poco me falta para ir á dar á la casa de locos; y quien sabe si allí se encuentra gente mas sensata, que la que veo fuera de ella. (Entra un dependiente.)

*Dependiente.*—Señor don Antonio, Monsieur *Mirau* manda decir á usted que hoy se le ha cumplido un plazo en que tiene que entregar una gruesa cantidad de dinero, y por tanto, ruega á usted, se sirva cancelar esta cuentecita de la señora.

*Antonio.*—¡Otra te pego! tio *Conchuelas*; y será cuando menos la friolera de algunos miles ¿no es verdad?

*Dependiente.*—Oh! no, señor, no es mas que 4,000 pesos.

*Antonio.*—¡No es nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano! ¿pero en qué ha podido gastar todo ese dinero?

*Dependiente.*—En groses, velos, pañuelos, sobretodos, manteletas, encajes, gorras.

*Antonio.*—Eche usted, y que no se derrame! aguarde usted y déjeme sacar la cuenta (en sus dedos.) Tres mil pesos, al de *Copola*, diez mil quinientos al carpintero, y cuatro mil, Monsieur *Mirau*, son diez y siete mil quinientos. Ay! ya me va llegando el agua al pescuezo. Con que, Chomba, con otra francachela, ¡adios *Madrid!*

*Chomba.*—No tengas cuidado, que no tardarán las niñas en casarse con señores de plata y seguirá entonces el brillo de tu casa.

*Antonio.*—Allá lo veremos.

JUANA MANUELA LAZO DE ELÉSPURU.  
Continuará

#### LA SOMBRA Y EL ECO.

Dios con el hombre á quien ama  
Siempre liberal y bueno,  
Un eco le dió á su voz  
Y dió una sombra á su cuerpo:

Queriendo así que, aunque huelle  
Los mas desnudos desiertos,  
Del todo solo no vaya  
Y lleve dos compañeros.

A la una muda contempla  
Ir á sus piés en el suelo,  
Su movimiento normando  
Por su mismo movimiento.

Al otro invisible escucha  
Que responde á sus acentos,  
Repitiendo á la distancia  
Sus sonidos postrimeros.

La sombra á los ojos sirve  
De compañía y consuelo,  
Y es consuelo y compañía  
De los oídos el eco.

De la sombra se imagina  
El solitario viajero,  
Que sus pasos acompaña  
Taciturno esclavo negro.

Y del eco se figura  
Que amigo invisible génio,  
Con él á solas conversa  
Su largo viaje siguiendo.

CLEMENTE ALTHAUS.

#### BIBLIOGRAFIA.

OBRAS PERUANAS, Ó RELATIVAS AL PERÚ,  
EXISTENTES EN LA BIBLIOTECA DEL  
MUSEO BRITÁNICO.

No todo ha de ser besos, queridas lectoras! Harto os he entretenido ya, ó mas bien fastidiado, con la *Historia* del uno, con la *del otro*, con el mejor sitio para colocarlos, y hasta con los estremecimientos de *Ultratumba* que habian de experimentar mis huesos al recuerdo de otros que tales.

Más de un *esprit chagrin*, mal humorado ó moroso, soltero ó solteron, se habrá escandalizado de que yo ponga (*en verso*, nada mas que *en verso*) besos que acaso él acostumbre poner en *vil prosa*, á diestro y siniestro, á trochimoche, á roso y velloso, de dia y de noche.

¡Cuántos habrán invocado mi estado matrimonial y mis 35 años! ¡Como si aquel estado y la paternidad pudieran aumentar en un solo minuto años que aun no son caducos! ¡Como si un paterfamilias de 7 lustros no fuera mas jóven que un solteron de 50 años; ó tan mozo como un soltero de 35!

El abogado, despues de casado, ¿no sigue frecuentando tribunales y escribanías? El militar, y el ingeniero, y el médico ¿no salen á campaña y á visita, desprendiéndose del lado de la consorte, y ausentándose de ella en comision del servicio?

¿Pues por qué no podrá el poeta, en servicio de la Musa, separarse de la suya (y cuenta que no lo hace mas que de *imaginacion*) y echarse por los cerros de *Ubeda* ó por las faldas del *Parnaso*?

Sea lo que fuere, mis queridas lectoras y colaboradoras, ello es que hoy me apeo por



una nomenclatura tan árida, tan estéril, que de buen grado os ruego cedais el paso á vuestros padres, maridos, hermanos, amigos, y sobre todo á los *esprits chagrins*, únicos que acaso podrán soportar la lectura que sigue.

No abrazo, como debe suponerse, todo lo existente, en materia de bibliografía peruana, en el lujoso *Salon de Lectura* del Museo Británico: os abrazaria, sí, á vosotras, de buena gana, si dado me fuera hallarme á tiro de beso y abrazo. Solo contiene la siguiente breve lista los folletos, libros y periódicos con que tropecé en mis excursiones diarias al rededor de ese elegante y circular salon.

Hacéos, pues, á un lado *S. V. P.*, y dejadla pasar. Héla aquí:

"Papeles peruanos." Libro de unas 100 páginas, que se consigue pidiendo algunos de los periódicos que contiene, como "El Pensador del Perú," Lima, 1815.

"Iris de la Paz," Lima, 1831, 4. °

"El Fraile," núms. 1 y 2, Lima, 1821, 4. °

"La Biblioteca Colombiana," prospecto, Lima, 1821, en 4. °

"El Busca-pique," núms. 1 y 2. Lima, 1838, 4. °

"El Consolador, ó el modo de comportarse en los varios períodos de la vida, sin hacerse odioso á Dios ni á los hombres." Lima, 1821, en 4. ° El catálogo de la Biblioteca agrega entre paréntesis, en inglés: ("Número preliminar á un periódico, por F. Ayuso.")

"Crónica política y literaria de Lima," núms. 2, 3 y 4. Lima, 1827, 4. ° y agrega el catálogo: "Nota.—Falta el núm. 1."

"El Observador de Lima." Lima, 1825, 4. °, prospecto.

"El Periodiquito," núms. 1 á 11. Lima, 1838, 4. °

UNÁNUE—"Guia política, eclesiástica y militar del Vireynato del Perú, para el año de 1793. Pequeño 8. ° de 350 y tantas páginas. En la primera se lee, de letra manuscrita: "Soy del capitán don Guillermo Clarke, *ex-dono amici*."

Idem para el 95, de 280 y tantas páginas, y con una bonita encuadernación inglesa.

Del mismo autor—"Discurso sobre el Panteon que está construyendo en el convento de San Francisco, el padre guardian fray Antonio Diaz." Año de 1803. Cuaderno de 25 páginas con un plano del panteon. En la primera hoja, de manuscrito, se lee "Sr. Dr. D. Mariano Tagle."

Idem.—"Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre." Lima, 1806. Primera edicion, de unas 200 páginas. La segunda, muy aumentada, Madrid, 1815, se halla asimismo en el Museo Británico. "Actuaciones Literarias de la Vacuna." Dos discursos, en castellano y latin, de don Hipólito Unánue, al conferir grados universitarios al importador del fluido vacuno.

"Mercurio Peruano." La obra completa, encuadernada en Inglaterra.

LANDÁBURU.—"Ensayos sobre los primeros fundamentos de las bellas letras, y otras Tesis que dedica á su padre, presidiendo la actuacion don Hipólito Unánue, Bachiller en Medicina. Lima, 1785.

GUILLERMO DEL RIO.—"Monumentos Literarios del Perú." Lima, 1812.

"Vocabulario y arte de la lengua quichua, que compuso el padre Diego de Torres Rubio, añadió el padre Juan de Figueredo, y ahora corregido, aumentado & & por un religioso de la misma compañía." Reimpreso en Lima, en la imprenta de la Plazuela de San Cristóval, año de 1754.—Tomito de unas 400 páginas.

"Vocabulario de la lengua general de todo el Perú, llamada lengua quichua &, por el padre Diego Gonzalez Holguin" &. Ciudad de los Reyes, 1608.—Dos partes en un tomo de 700 y tantas páginas.

BRANDIN.—"De la influencia de los diferentes climas del universo sobre el hombre, y en particular de los de la América Meridional, por Abel Victorino Brandin," Lima, 1826. Consta de 114 páginas y lleva una dedicatoria en francés "al ilustre autor del Clima de Lima," en la que Brandin confiesa haber tomado por modelo esta última obra.

SKINNER.—"Estado actual del Perú" (*Present State of Perú*) publicado en Inglaterra en 1805. Es un gran volumen de unas quinientas páginas y con 20 láminas coloreadas y de mal gusto. En él, casi todos son extractos, malamente traducidos del *Mercurio Peruano*.

RODRIGUEZ GARCIA, VICENTE.—"Geografía peruana. Notas astronómicas. Diseño ó perfecto prototipo de las dilatadas provincias del riquísimo reino del Perú. Miscelánea curiosa de las producciones de él. Dispuesta por el Dr. D. Cosme Bueno, y recogida de diferentes autores por don Vicente Rodriguez y Garcia." Lima, 1778. Un tomito de 200 páginas con notas marginales manuscritas.

En obsequio á mis lectoras, concluiré haciendo en verso el juicio de esta obra:

¡Oh Vicente Rodriguez y Garcia!  
¿Cómo á llamar te atreves geografía,  
Ay Dios! lo que no encierra  
Definicion ninguna de la tierra?  
Climatéricas notas, efemérides,  
La observacion del cielo cotidiana,  
¡Y no obstante muy hueco,  
La llamas ¡qué embeleco!  
Geografía peruana!  
¡Válgame Apolo, válganme las Piérides!  
Llamárasla mejor *Climografía*,  
Y de atentado atroz no fueras reo  
A la etimología,  
Y á la palabra *geo*.

JUAN DE ARONA.

## LAS VISITAS DEL MEDICO.

[COMEDIA MICROSCOPICA Y CON ACOTACIONES]

A ACISCLO VILLARAN.

### I.

EL MÉDICO ENTRANDO.

—Caballero... buen semblante...  
—Pase, querido doctor.  
—¿Cómo vá con el calmante?  
—Un poquitito mejor.  
—Hum... hum... hum, señor travieso,  
Mucho cuidado con eso...  
Verlas y dejarlas ir...  
Y valor y rabo tieso  
Si no quiere uste morir... [amenazante]  
—Hubiera seguido á una,  
Mi doctor, de buena gana,  
Fresca como una manzana  
Y bella como la luna. [con alegría]  
—Basta por Dios de cencerro,  
Y, dejando muchachadas,  
Bébase sus cucharadas  
De hipercloruro de fierro.

[con grave entonacion]

En esa debilidad  
Todo es de gravedad,  
Y si piensa en matrimonio  
Se lo carga á uste el demonio.

### II.

PADRE, MADRE, HIJA Y MEDICO.

—Doctor, está amortiguada. [con angustias]  
—Y le falta la apetencia. [con zozobra]  
—Y está triste, acongojada. [sin consuelo]  
—Y es muy grave su dolencia. [sin esperanza]  
—[Ya comprendo] Señorita. [con malicia]  
Enseñeme la lengüita...  
Esto llaman mal de amor.  
¿Es soltera?  
—Solterita. [con gusto de padres y disgusto de la paciente]  
—[Dí con el peoerepor] [con satisfaccion]  
En el estado de Antioquia  
Vi igual caso.  
—Cosa dura!  
—Pero este mal ¿quien lo cura? [con curiosidad]  
—El Cura de la parroquia [con aplomo]  
—¿Casamiento? [con asombro]  
—Casamiento.  
—Ay! meterla en nuevos lazos [con desesperacion]

—Solo sanará en los brazos  
De su *adorado tormento*.  
Y en esta debilidad  
Todo es de gravedad;  
Si no le dan matrimonio  
Se la llevará... el demonio...

### III.

UN OBSERVADOR IMPARCIAL.

Virginia y el pobre Blas  
Sufren, aunque son tan buenos;  
Uno por carta de menos,  
Otro por carta de mas.

EL CHICO TERCENCO.



## EL AGUA MANSA.

[L'eau dormante.]

ESCENAS DE LA VIDA MEJICANA, POR

LUCIEN BIART.

(Continuacion.)

DESEMBOCARON en una llanura en donde pacian toros, y los Mejicanos, levantando sus pesados sombreros, prorrumpieron en alegres vivas.

—Contened vuestro caballo, señora—dijo doña Lorenza, inclinándose delante de la cantatriz:—exitado por el ejemplo, pudiera de nuevo querer seguirnos.

Y partiendo veloz, la criolla guió directamente su caballo hácia uno de los terribles animales que se veían á lo léjos. El toro, levantó la cabeza con lentitud, y miró con ferocidad al enemigo que venía á provocarlo; despues, escarbando el suelo con el pié, dió un mugido lúgubre y sin esperar el choque de que parecia amenazado embistió de improviso á la amazona. Esta, levantando su caballo, hízolo ejecutar una verdadera pirueta, y esquivó el encuentro; pero el toro, engañado, volvió á la carga; y doña Lorenza se puso á huir delante de él. Habia desatado su chal, y haciendo flotar la lijera tela la ofrecia como una presa al furor de su adversario. Algunas veces aflojando el paso de su caballo, fingia dejarse alcanzar para volver á partir como un pájaro que toma vuelo. En una de esas evoluciones llamó al toro ciego y loco de rabia hácia el lugar donde estaba la cantatriz; en seguida lo atrajo á la planicie en el momento en que la Wilson retrocedia espantada hácia el bosque. Cuando la criolla, dejando á su antagonista, volvió donde sus compañeros, fué saludada con bravos frenéticos, y cubierta de flores que sus compatriotas arrancaban á los matorrales para echárselas á puñados.

Todos los caballeros mejicanos se pusieron entónces en juego; y la planicie se halló transformada en un vasto circo en donde los toros se fatigaban persiguiendo á los lijeros ginetes que los atormentaban, desafiaban y vencian. Don Luis no pudo resistir al fin al deseo de tomar parte en esos juegos con frecuencia mortales; y se lanzó en la arena. Picando inmediatamente su caballo, doña Lorenza se juntó á su marido y le tendió la mano convidándolo á correr lo que se llama en Méjico una *pareja*. Se trataba de provocar al toro y correr de concierto para evitar los golpes del animal. Si por una falsa maniobra uno de los dos caballeros se viera forzado á soltar la mano de su compañero, era perdido. Ese juego dañoso exige una destreza sin igual en el arte de conducir un caballo. Los dos esposos salieron triunfantes. Se tenían aun por la mano cuando volvieron donde estaba la cantatriz, dejando tras ellos jadeante y rendido al antagonista que los habia perseguido.

—Los toros son hábiles, fuertes y valientes—dijo la criolla, con orgullo, y bastante alto para ser oída—sin embargo, no han podido desunirnos.

Alberto, en el colmo de su entusiasmo,

no hallaba suficientes elogios para alabar el arrojo, el vigor la lijereza y la elegancia de doña Lorenza:—La mujer, la mas sublime mujer que me ha sido dado contemplar—decia—pues que es graciosa hasta en esos ejercicios peligrosos.

La hora avanzaba, y se pusieron en marcha al traves de los bosques. Alberto, á pesar de los obstáculos del camino, procuraba mantenerse cerca de doña Lorenza. Las miradas profundas, vivas y dulces de la criolla trastornaban el cerebro del jóven francés. Anocheció: la luna salió ancha y brillante, argentando aquí y allá el sendero que se habia tornado bastante espacioso, para que pudiesen caminar dos de frente. Del seno de la fronda se levantan sordos ruidos, zumbidos, crujidos de ramas, mugidos ahogados, ruido de alas; pero bien pronto reinó el gran silencio de las soledades, turbado únicamente por los acompasados pasos de los caballos.

Bajo aquellos árboles gigantescos á los que la luz de la luna prestaba formas fantásticas Alberto se sentia conmovido. El rostro acariciado por una brisa tibia y perfumada, cuyo soplo agitaba apenas las hojas, marchaba tan cerca como le era posible de la encantadora criolla, que envuelta hasta los ojos en su chal, parecia escuchar las tiernas palabras de su compañero. El jóven francés, casi en voz baja, hablaba de la poesía, de los grandes bosques, de las emociones del alma, de la majestad del crepúsculo envolviendo la naturaleza con sus velos, arrullándola con sus voces apagadas para entregarla dormida en brazos de la noche. Todo esto estaba á la altura del lenguaje de Alberto; el verdadero francés, el ser bueno, leal y sentimental, que se oculta á menudo injustamente, bajo un exterior burlesco y excéptico, se mostraba en ese momento en el enternecido jóven.

Doña Lorenza, distraida, silenciosa, dejaba hablar al atrevido caballero, encantada de hallar en los sentimientos que expresaba, un vago eco de las largas conversaciones que tenia con su marido, cuando llegaba la noche, éste se sentaba á sus piés esperando la hora del reposo. La criolla estaba satisfecha de su jornada, habia conseguido, sin que se la pudiese acusar de haber faltado á las leyes de la hospitalidad, humillar muchas veces á la extranjera. Mientras que Alberto, animado por su mutismo, se enardecia poco á poco en sus declaraciones, pensaba ella en su marido, cuya mirada habia visto seguirla con inquieta solicitud en los juegos peligrosos de aquella tarde.

En cuanto á la cantatriz no hubiese sido mujer, si su alma no hubiese desbordado de amargo despecho. Desde su llegada á Méjico, vivia rodeada de un círculo de adoradores sumisos, y hé aquí que se veia de repente relegada á un rol secundario. Herida en lo mas vivo de su alma, la vanidad, trataba á doña Lorenza de salvaje; pero en el fondo de la conciencia reconocia en ella una rival de superioridad temible á la que no perdonaba las distracciones visibles de Alberto.

Cuando llegaron á la casa, grandes fuegos encendidos iluminaban el vallecito. Entraron en el corredor en donde una mesa abundantemente servida esperaba á los paseantes. Hácia las nueve, la cantatriz quiso retirarse.

Preparáronle el palanquin de doña Lorenza. Las dos mujeres se tocaron ceremoniosamente las manos; y la mirada ardiente de la criolla vino de cierta manera á chocar contra la hoesca y fria de la cantatriz. Don Luis apareció montado, y marchó adelante para conducir á sus huéspedes hasta los límites de su dominio, cortesía que la etiqueta le imponia como ley.

Desde el terrado, doña Lorenza siguió con la vista la cabalgata. Arrebujóse en su hamaca miéntras que Nilda la despeinaba. Sentia una alegría cruel por las mortificaciones inferidas á la extranjera, y una satisfaccion profunda de los cumplimientos que le habian valido de nuevo durante la comida sus temeridades ecuestres.

Retiróse á su cuarto; despidió á sus mujeres, y se estendió en una butaca cerca del balcon. No habia un soplo de aire, ni se oia un rumor, sino el chisporroteo de las últimas llamas de la chimenea moribunda. De repente la jóven se levantó, pálida, los dientes apretados, la mirada fija, escuchando en vano. Volvió á bajar al terrado. Las horas se pasaron lentas, mortales, llevándose una á una todas las esperanzas de la criolla: habia creído roto el encanto que fascinaba á su marido, pensó que iba á tenerlo á sus piés, hablándola como todos de su belleza, aquel por quien únicamente era dichosa de ser bella; mas esperó en vano. Sombria, y la mirada ardiente, contemplaba su lago. Velaba todavia cuando don Luis, bien avanzada la noche, entró andando sobre la punta de los piés, creyéndola dormida.

ANGELA CARBONEL.

*Continuará.*

## Al Señor Don Antonio Cucalon.

(UN RECUERDO DE SU HIJO FELIPE.)

El buen hijo es la corona de su padre.

SALOMON.

¡Ay! me dijo una voz, como de muerte,  
Que lúgubre y tenaz en mi oído zumba:  
“No encuentras dicha? ¡Bien! acude y vierte  
“Otra lágrima mas sobre otra tumba.”

“¡Cantor de los sepulcros, adelante!  
“Nadie te impuso tu mision terrible:  
“Tú buscaste una cumbre inaccesible?  
“Llega ó perece con valor gigante.”

No escuché mas: nubláronse mis ojos,  
Y caminando á oscuras y á la suerte,  
Tropecé con los míseros despojos  
De una víctima nueva de la muerte.

Rompe tus diques, pues, acerbo llanto  
Que acumuló mi corazon, sufriendo  
Por muchos años el dolor tremendo  
Del adusto y aleve desencanto.....

Brilla la nueva luz en el oriente,  
Y en un cielo tranquilo y azulado  
Muestra su faz el sol resplandeciente,  
De mil rayos de fuego circundado.

Ondula el mar con plácido mormullo,  
Perezosos los árboles se mecen,  
Y se oye en las praderas que florecen  
De la paloma el amoroso arrullo.



—Aparece despues allá distante  
Un poco de humo denso; y crece y sube,  
Y convertido en tempestuosa nube  
Rompe su seno el rayo resonante.

¡Del mal y el bien alternativa horrible,  
En que el último siempre es el mas fuerte!  
Así la vida, dura ó apacible,  
Siempre es segura presa de la muerte.

¿Lo veis, padre infeliz? Fué vuestro hijo  
Arbol erguido en plena primavera,  
¡Ay! que burlando vuestro amor prolijo  
El huracan rompió con saña fiera.

Mancebo apuesto, de inspirado aliento,  
Gran corazon y jeneroso brio,  
Eco de la verdad era su acento,  
Odiaba su alma el crimen torvo y frio.

¡Ay! ¿quién pudo preverlo? En negro dia,  
Viajero diligente, fatigado,  
A la sombra de un bosque reclinado  
Tal vez soñando en Dios y el bien dormia.

En tanto el crimen cauto el pié resbala  
Por senda de él tan solo conocida:  
Llega, y al golpe de siniestra bala  
Arranca al jóven mísero la vida.

Breve, pero terrible su martirio,  
Alzase, cae, y en sangre salpicado,  
Queda como en el lodo yace el lirio  
Por la cruel hoz del segador cortado.

¡Ay! triste sociedad! ¡Ay! triste mundo!  
Nada las leyes significan, nada,  
Si la virtud, por fin, no está escudada  
De la maldad contra el reptil inmundo.

J. F. DE LARRIVA.

Lima, Enero 11 de 1875.

## CLARA.

### I

Has leído la *Maria* de Jorge Isaacs?—  
preguntan con entusiasmo los viejos li-  
teratos, saboreando con delicia las mieles  
del pasado.

—¿Has leído la *Maria*?—se preguntan dos  
niñas en cuyos rostros se refleja el idilio de  
la vida.

—¿Has leído la *Maria*?—preguntan las  
matronas, cuyos idilios han tomado el tinte  
de las hojas de Otoño, pero que, semejantes  
á las del laurel, conservan todo su aroma.

—¿Has leído la *Maria*?—preguntan con los  
rostros iluminados por los albores del alma,  
dos modernos *Leandros*.

—Y esta pregunta, tan sencilla en su ex-  
presion, tan comun hoy entre aquellos que  
saben apreciar el valor de esa joya de nues-  
tra literatura, es el elogio mas elocuente  
que el corazon de un Americano puede tri-  
butar á la página mas bella de la vida de  
otro Americano.

—*Maria*, esa lágrima de las reminiscen-  
cias, será de hoy mas, el libro de los *cora-  
zones de veinte años*.

“Allí está el *Genesis* con toda su pureza ó  
imponente sencillez.”

—¿Qué escribes?—preguntó un amigo en-  
trando y viendo el papel en que trazaba las  
líneas anteriores.

—Ya lo ves. Lee....

—Déjate de esto. Tú no naciste para apo-  
logista de *Maria*.

—Me creés de hielo?

—No, pero sí de nieve.

—Tanto vale en el termómetro.

—Eres materialista y de raza insensible.

—¿A la temperatura, señor físico?

—Mira, no hablemos de esto. Déjate de  
*Genesis* y de *Marias*, para que de este modo  
pueda siempre decirte con Alfonso Karr:  
*Hay individuos que, como no hacen uso de su  
alma, la dejan enmohecer y por esto la niegan.*

—Y eso ¿á que viene?

—Viene muy bien para que....

—Para mostrarme que has leído Karr.  
Yo sé muy bien que eres hijo de la última  
lectura. No disparateés y sé mas lógico.

¿Qué has leído?

—Bajo los tilos.

—¿Y? ¿Ha habido provecho moral é inte-  
lectual?

—Ninguno.

—Placer de príncipes. ¿Has visto á Ri-  
cardo?

—Vengo á pedirte noticias de él—contes-  
tó—pues he sabido que está enfermo moral  
y físicamente.

—Del físico, lo confirmo; lo demas, lo  
niego.

—¿Quién te ha dado ese importante dato?

—¿Por qué lo llamamos importante?

—Por lo visto, ignoras lo que pasa.—Di-  
jo—contrayendo el ceño y mirándome de  
una manera judicial.

—Por completo.

Mi amigo, que hasta entónces se habia  
estado paseando por la reducida habita-  
cion, se sentó frente á mí, y alargándome un  
*colorado*, me dijo con aire dogmático.

—Tú sabes que desde muy niño fué Ri-  
cardo afecto á la lectura de novelas, em-  
pezando por *Pablo y Virginia* y terminando  
con las de Paul de Kock. Despues de re-  
correr todos los eslabones de la fantasia se  
entregó á la *Metafísica*....

—Poco importa al caso. Lo *absoluto*, lo  
*bello*, las *verdades inconcusas*, llenaron su ca-  
beza de mil visiones en pos de las cuales  
corria noche y dia. Pero en su corazon ha-  
bia un vacío, como sucede á muchos que se  
dedican con vehemencia á la lectura de no-  
velas, *por mas que se bañen en las luces del  
ideal*.

Ricardo estaba triste. Sus ojos tenian el  
brillo del insomnio, su color era lívido y de  
sus labios amortiguados solo brotaban pa-  
labras que el hilo de la conversacion traia  
luego á su insondable metafísica. Una vez  
por desgracia suya, fué un pariente á invi-  
tarlo á pasar el dia en su casa.—Aceptó.  
Llegó la hora de comer y lo colocaron al  
lado de una jóven de mirar risueño, frente

inteligente y ameno trato. Amiga íntima de  
la familia de este pariente, pasaba largas  
temporadas en la casa. Era Clara. Ese dia  
Ricardo no habló de metafísica. Por lo me-  
nos era un gran triunfo sobre esa intelligen-  
cia fantástica.

Terminada la comida, se dirigieron á la  
sala. Las vibraciones de una escala cromá-  
tica ondularon por el aire perfumado, luego  
un arpegio... un acorde... y una sucesion  
de melodías que se desprendieron como un  
torrente de los ágiles dedos de Clara, arre-  
batada en aquel instante por una inspira-  
cion fecunda. Algo como los ecos del har-  
pa de Osian parecian á Ricardo aquellos so-  
nidos que, ora ténues como los vapores que  
el sol desprende de la tierra en la mañana,  
ora lánguidos como el canto de la calán-  
dria, ora rápidos como una cascada, ora  
apasionados como un himno de Safo, pene-  
traban en su alma soñadora y le enseñaban  
que un corazon de veinte años debe pagar  
el tributo á ese niño caprichoso que volan-  
do entre nubes de rosa y esmeralda, lanza  
las espinas y oculta entre las flores la ma-  
no que hiere.

—Bueno; eso es muy poético. Se creeria  
que estás leyendo. Sinteticemos:

Comió en casa de su pariente y oyó á Cla-  
ra tocar el piano.

—Siempre eres prosaico; siempre mate-  
rial. Ni aun dejas al alma amiga el tiempo  
de tener una expansion.

—Si te dejas, me vas á hacer un retrato de  
Clara con mas entusiasmo de lo que debes.

Mi amigo sonrió tristemente. Sus ojos se  
fijaron con vaguedad en un libro que se ha-  
llaba sobre la mesa. ¿Meditaba? ¿recapa-  
citaba?

Su mirada abstraída sobre aquel libro  
me recordaba esas verdades que nos em-  
peñamos en hacer repetir mil y mil veces,  
cual si dudáramos del testimonio de nuestro  
oído. Despues de un momento de silencio:

—¿Has leído esta obra?—preguntó seña-  
lándomela con el labio inferior y echando  
la cabeza hácia atrás.

—La he estudiado.

—Su autor fué un farsante.

—Te engañas. Fué *Lavater*.

—¿Has sacado de ella algun provecho?

—Poco y pocas veces.

—¿Recuerdas alguna?

—Ahora mismo. Las crispaciones de tu  
rostro, la vaguedad entusiasta de tu mirada  
al hablar de Clara.

—Fué una broma.

—*Lavater* no tuvo la culpa si ella así lo  
dispuso.

—Nunca me preocupó mucho.

—*Lavater* dice lo contrario.

—*Amen*. Prosigo. Ricardo escuchaba á  
Clara entusiasmado....

—Magnífico, ¿y luego? Se enamoró de  
ella; se convenció de que el alma allá por la  
metafísica anda muy triste sola y necesita  
posarse cual el ave en su nido, en un ser,  
que revestido de encantos que ninguna co-  
mo ella puede apreciar, le brinde el panal



de las ilusiones como dirás tú, y le llene el vacío que tiene en el corazón. ¿No es eso?

—*Ecco lo qua.* Pero lo original del caso es que esa noche después de alabar, como es de práctica, los admirables dotes artísticos de la niña, empezaron á dar su opinión sobre algunas novelas.

—Y ¿qué dijeron?

—Clara era una de esas mujeres que, aunque muy jóvenes, sueñan con castillos y galanes encantados sobre corseles blancos; conocen los delirios de *Werther* y le aplauden; han leído una traducción de *Shakespeare* y le admiran; anhelan una pasión *sáfica*, la alcanzan... y, débiles mariposas, no miden el *Léucade*.

—¿También eres rencoroso?

—Clara había leído la *Maria* de Isaacs, esa *Maria* que tanto respetas y un ligero tinte de melancolía había bañado su alma.

—¿Ha leído la *Maria*?—pregunté á mi amigo apresuradamente, demostrando simpatizar ya con Clara por este solo hecho.

—Sí, pero no la ha imitado.

Mi ilusión se desvaneció.

¡Al fin una ilusión!

—¡Después de un largo juicio que...

—Que seguramente no fué mas completo que el de Estrada en su *prefacio ó advertencia*...

No me interrumpas. Clara se levantó y tomando la obra de sobre la mesa la puso en manos de Ricardo.—Léala V. amigo—le dijo—y consévela como un recuerdo mio.

—¡Era animada la chica!

—Ricardo no durmió esa noche. Pensaba en lo *absoluto* y se decía que era una *verdad inconcusa* la pasión que había estallado en su alma como un cráter esperado, y cuya lava, para dicha ó desgracia suya, había de correr hasta lo mas íntimo de su alma.

—Déjate de metáforas y vamos al grano.

—Allá voy. ¿No ves que hacen tres días que estaba *limando* este giro de la frase para *improvisárselo* al primero que tuviera la amabilidad de escucharme? Ricardo leyó la obra y encontró algo...

—Y que encontró?

—Mire que pregunta... encontró que... en fin... que... Yo no sé lo que encontró. No he leído la *Maria*...

—Eres un... un descuidado.

—Después declaró su *atrevido pensamiento*, como decían nuestros papás.

—¿Y Clara?

—Consideró que no era un pensamiento tan atrevido.

—¿Y?

—Admitió.

—¿Qué cosa?

—El pensamiento.

—¿Y? Habla, hombre, que me tienes en áscuas. Se creía que estás dando exámen de celos.

—Y se escribieron y se dijeron que se adoraban, que se querían, que se idolatra-

ban, que desgraciadamente la vida era muy corta pero que la muerte era muy larga. Que en la vida no se ocuparían de música ni de novelas—sino de mirarse como dos tortolitas.

—¿Qué monada! ¿Y?

—Que en la muerte resolverían todos los problemas matemáticos y filosóficos que agitan á la humanidad.

—¿De que modo?

—Muriéndose. Y se miraban y se decían que su amor duraría hasta...

—¿Hasta cuando?

—Hasta que llegó un canadense cerrado de cuerpo y alma, pelirubio y gordinflon, pero que tenía mucho...

Y mi amigo que no se atrevía á pronunciar el nombre de la rueda motriz del siglo XIX, se frotó suavemente y repetidas veces las yemas del índice y pulgar.

—¿Con que esas tenemos? Y Clara ¿que dice?

—Como es una niña sumisa (como todas las niñas) ha accedido á los consejos de su mamá, á quien ha confesado que prefiere el *mucho* del canadense á Ricardo, porque le ha ofrecido, además, llevarla al Polo á admirar las *auroras boreales*, los *halos* y *farellias*, las ballenas, los pájaros y las islas que forman en las costas.

—Y Ricardo ¿qué le ha ofrecido?

—Pasearla espléndidamente por las doradas y risueñas regiones de la metafísica.

—Y tú en su caso ¿qué preferirías?

—Francamente, no me gustan ni el polo, ni las islas artificiales.

—¿Pero qué! ¿hay algo resuelto?

—Sabes que los canadenses son excelentes harponeros. Donde ponen el ojo, ahí clavan.

—Y *desclavan*.

—Hoy, al pasar por la casa de Clara, como están en el campo, he notado un papel pegado en la puerta del vestíbulo. Me acerqué, lo leí. Decía así:

*Locamente enamorados  
La AVARICIA y el DINERO  
Estarán CASI enlazados,  
Por los vínculos sagrados,  
A mas tardar el primero.*

Y lo peor de todo es que está escrito con un tipo de letra idéntico á la de Ricardo.

Mi amigo se levantó.

—¡Es una infamia!—murmuró entre dientes—¡Es una crueldad! ¡Pobre Clara!... ¡Con un extranjero que nadie conoce!... La han alucinado! ¡una mancha sobre!...

—*Toma un mate*—le dije con aire distraído.—¡Pobre Ricardo! ¡y yo que lo animé! ¿Por qué no lo dejé con sus *verdades inconcusas*? ¿Por qué creí que la lectura de *Maria* habría hecho alejar de Clara todo instinto de mezquindad é interés mal entendido?

Y continuando ambos nuestros monólogos, estuvimos tomando *mate* hasta las dos de la mañana. Entonces se retiró el amigo y pude entregarme al malestar que me causaba tanta perfidia de parte de Clara, tanta ambición de parte de aquellos que al darle

la vida, debieron también encaminarla por un sendero mas *moral* que el del *interés pecuniario*.

¡Cuánto debía sufrir el excelente Ricardo, para lanzar esa bofetada de *cinco líneas* á los rostros de Clara y sus padres, él, tan moderado, él, que un día había sido el orgullo de Clara!... ¡Oh interés á cuanta baja nos expones, aun á los mas discretos.

E. L. HOLBERG.

(Continuad.)

## EN LA TARDE.

A

### orillas del mar.

Cuan dulce y melancólica la tarde  
Inundando de luz la playa, espira!  
Y el sol ya rojo y tremulo parece  
De un colérico Dios la gran pupila.

Deja que muera solo, y cuando el fuego  
De la fiebre postrer en mí se extinga  
Que no mire brillar el moribundo  
La luz de la esperanza fementida.

Que el mar se lleve mi cadaver frío  
Y bese con sus olas, de la orilla  
El sitio solitario y arenoso  
Do ví romperse el hilo de mi vida.

¡Es tan dulce morir en esta hora  
Llena de amor, de luz, de poesía,  
Que el alma quiere abandonar su cárcel  
Do en su impotencia con dolor se agita!

Oh! terrible misterio de la muerte  
Que á mi alma débil á vivir obligas,  
Cuan bello fuera suicidarse ahora  
Y ver el alba de un eterno día!

Lejos de aquí, el desengaño, el tedio,  
Falsa amistad, voces de amor mentidas,  
La tortura, el infierno del ateo,  
La copa del deleite en las orgias,

La aparente virtud que nos engaña,  
La servidumbre y la riqueza altiva...  
Basta ya de dudar, adios! hermosa  
Vuelvo á la nada ó á la eterna vida.

D. de V.

Lima—1875.



EL ABANICO.—Llegaron, en fin, los días de pleno reinado á esta hechicera prenda, verdadero atributo de la mujer, con el cual provoca, sonríe, se esconde, acecha; y sin el que no hay ademan gracioso posible en la conversacion. Quitad á una mujer el abanico, y la habreis quitado la mitad de su donaire. ¿Qué hará de sus manos? Si son



bellas, parece que las muestra con afectación; si son feas, oh!!!

Devolvedle ese cetro de su soberanía; y la de bella mano la ostentará con doble encanto; y la de mano fea la hará olvidar con los mágicos volteos de su abanico.

UN LINDO FIGURIN.—Anoche, en cierta calle, un grupo de gentes de ambos sexos que se iban deteniendo al paso, estacionaba ante la puerta de una casa.

—¿Qué ven? de seguro alguna cosa extraordinaria.

Y como los otros, me detuve yo también y miré.

A lo largo de un salón, cuyas puertas y ventanas estaban abiertas á causa del calor, paseábase una linda jóven. arrastrando en pos suyo, con gracia sin igual, la cola de su blanca falda de gasa.

Los hombres admiraban á la jóven; las mujeres el elegante vestido.

Unos y otros tenían razón; porque en esa confección vaporosa de tres volantes, un delantal de pomos, y una preciosa chaquetilla guarnecida de encajes, había una amalgama de todos los caprichos de la moda, que le daba una gracia exquisita realizada todavía por la belleza de aquella que lo llevaba.

La picarilla, que de reojo viera el grupo de admiradores, hacia cada vez mas lenta su marcha, para darles tiempo de abarcar todo el conjunto de sus seducciones.

—Niña, este aire va á torcerte el cuello— exclamó de repente una voz cascada. Y puertas y ventanas se cerraron con estrépito.

El corro de bobalicones se dispersó.

UTIL Y BELLO.—Tal es la preciosa publicación que con el título de *Primer libro de la Adolescencia* ha traducido y publicado el señor Riofrío.

Las hermosas máximas de moral que contiene están expresadas en un lenguaje ameno y lleno de unción.

En el momento que escribo estas líneas, veinte niñas de este establecimiento están leyéndolo con delicia.

LA INVOLABILIDAD DE UNA REPUTACION HONORABLE.—Debia ser mas sagrada que toda otra. Por eso la prision del señor Becerra ha causado asombro y dolor en todos los círculos sociales, en los que es altamente querido y respetado. A esto, mas que á su dolencia se atribuye el haber sido muy luego puesto en libertad.

VISITA FÚNEBRE.—Pesaba en mi corazón un olvido involuntario, y busqué su sepulcro.

Allá en el fondo del cementerio, bajo los árboles y entre una línea de epitafios, leí:—*Mariano Pagador*.

Una mujer estaba arrodillada, y se levantó santiguándose con profundo recogimiento. Era una anciana.

—Perdonad! Vengo á orar tambien en este sepulcro. ¿Fué vuestro pariente?

—No: fué mas: fué mi bienhechor. Soy pobre, y un propietario despiadado me llevó ante un tribunal porque no podía pagar el alquiler de mi habitación. El juez, despues de haberme oído me mandó retirar.

¡Había pagado por mí!  
Lágrimas de gratitud surcaron las mejillas de la anciana y cayeron en tierra.

¡Ah! ¿qué mas hermosos trofeos pueden honrar un sepulcro?

JUANA MANUELA GORRITI.

### Soluciones á la charada

No. 14.

Verificado el sorteo entre las seis primeras fué favorecida por la suerte la Señorita MANUELA PACHECO.

Pardo.

A. REVOREDO.

La primera es—*Par*  
Y el signo musical de la segunda—*Do*  
Dejo pues así descifrada la charada  
*Pardo*.

MANUELA PACHECO.

*Par* encontré en la primera  
De su tan fácil charada,  
Que ví pronto decifrada  
Porque *do* hallé en la postrera.

*Pardo*.

M. EMILIA DEL VALLE.

Si fuera eminente bardo,  
Cantaría el patriotismo,  
El talento y el civismo  
Del egrejo Manuel—*Pardo*.

E. P. V.

De la bonita charada  
Que hoy presenta La Alborada,  
Les diré por conclusion  
Que es *Pardo* su solucion.

J. M. CALVO.

Pardo.

CONSTANZA G. ROCHA.

Viva *Pardo*, Caballeros,  
Ya me saqué los floreros.

F. S.

No siendo la primera impar, claro es que debe ser *par*, la segunda signo musical: *do*  
El color pardo no es blanco ni negro, el total es *Pardo* nombre del actual presidente del Perú, y cuyo padre ha dejado su nombre grabado en la República de las letras.

DELFINA D. UGARD.

Pardo.

C. DE LA C. H.

Pardo.

MARIA ROSA ANGULO.

Pardo.

UVALDA PLASENCIA.

En la ansia de poseer floreros ardo,  
Mas que de darme los jarrones tú;  
La solucion de la charada es: *Pardo*,  
El hombre del Perú.

JOSEFINA.

Los lauros de la victoria  
La frente ciñen de ese hombre  
Ya inmortal en nuestra historia,  
En ella de *Pardo* el nombre  
Eterno es para su gloria.

PAQUITA.

Pardo.

MANUELA MIRANDA.

Eres un héroe sin *par*,  
Eres *do* quier gran peruano,  
Eres *Pardo* singular,  
Noble y digno ciudadano.

DALINA GAMBAENAD.

Pardo.

Jose y Enrique.

Tu primera diré es *Par*  
Tu signo musical *do*,  
De tu todo saco yo  
Un *Pardo* que descifrar

JULIA CACERES.

En descifrarla no tardo,  
Pues si es *Par* y musical,  
Y una gloria nacional,  
¿Qué podrá ser sino *Pardo*?

JUANA M. VALLE-RIESTRA.

Aunque ese premio ofrecido  
En la charada, no aguardo,  
La solucion he podido  
Ver en este nombre: *Pardo*.

C. B. DE M.

Honor y gloria, al ilustre ciudadano  
*Pardo*.

ELYRA ROSA.

Del Padre de la Patria  
Ilustre nombre  
Dice vuestra charada:  
*Pardo*, es el nombre.

MANUELA EVA PALACIOS.

Tu primera es *Par*  
Y tu segunda es *Do*  
Y no puedes negar  
Que tu todo es *Pardo*.

D. ENRIQUES.

*Par* no es impar, ni lo ha sido;  
*Do* es un signo musical  
Y *Pardo* es nombre querido  
Por la guardia nacional.

Un alumno del

"LICEO DE LIMA".

Que sea grande ó chico  
Me importa un bledo  
Con tal de que la suerte  
Me dé un florero  
Que sin trabajo  
He sabido que el todo  
Lo forma: *Pardo*.

Z. DE V.

Pardo.

ROSA FREIRE.

Para dar la solucion  
A la charada anterior  
R D D  
emito en esta ocasion.  
E mis versos el mejor  
O h versos caro lector!!!

A. MOREIRA.

No es por cierto, gran petardo  
El descifrar la charada;  
Porque sin que cueste nada  
Se sabe que el todo es *Pardo*.

SUSANA SANCHEZ.

### CHARADA.

En segunda y prima vés  
Medida de tiempo, es claro,  
Segunda y terciá despues  
Forman animal, no raro.

Luego viene terciá y prima  
Nombre célebre en la historia  
De espectáculos de esgrima;  
Y del todo mi memoria.

Lugar del Perú denota,  
En que hubimos pena y gloria:  
Pena—con una derrota  
Gloria—con una victoria.

L. L. L.

### PERMANENTE.

Cualesquiera reclamaciones referentes á LA ALBORADA, deben dirigirse al local de su direccion, Urrutia, hoy Camaná, 188, departamento de la izquierda.

EMPRESA TIPOGRAFICA,  
Calle de Camaná, antes Ayacucho, N.ºs 128 y 130.